



Salud, pobreza, infancia y mujeres

Liliana Pauluzzi

Precarias viviendas, hacinadas en un abigarrado diseño que enmarca las vías ferroviarias, criaturas pequeñas y animales domésticos aprovechan el espacio, mientras el tren no pasa. Las mujeres en un esfuerzo por crear un orden en el caos de la pobreza luchan con la volatilidad errática del polvo de sus calles sin pavimentar y sin cubierta vegetal. El calor, el frío, la lluvia, los roedores, los insectos participan de la cotidianidad del trabajo doméstico de éstas mujeres. En un proceso cíclico y continuo de desorganización y reorganización que va dejando huellas en su físico y su mente.

Al mediodía niñas y niños hacen cola en la puerta de los comedores comunitarios para recibir su ración de comida, caritas taciturnas, falta de expresividad, miradas perdidas o distraídas que a veces salen de su visión interior por alguna pelea explosiva de varones. Las mamás colaboradoras ejercen su poder de control con los revoltosos. Las niñas generalmente calladas se manifiestan a través del llanto por algún incidente menor que les permite expresar un sufrimiento, cuya causa no puede ser dicha.

Este es un lugar de Rosario - como tantos otros de la Argentina o Latinoamérica-, dónde la gran mayoría de estas criaturas sufren la violencia familiar instalada en sus hogares. Mujeres y niñez viven atrapadas en una cárcel de barrotes emocionales que les impide ser sujetos de derechos.

Las políticas públicas en forma demasiado precaria asisten el hambre de comida, pero queda fuera de todo programa el hambre afectiva que se padece en estos lugares produciendo y reproduciendo los desoladores patrones de la pobreza.

1

Pensar en la salud de estos ciudadanos y ciudadanas es pensar en un paisaje apocalíptico de destrucción de la dignidad humana.

Cuando la infancia, etapa fundacional para una posterior salud adulta, es cercenada desde todo punto de vista por las condiciones de precariedad en la cual se desarrolla, victimizada material, emocional, física y sexualmente, los resultados son múltiples y diversos en cuanto al daño psíquico de la criatura humana. Pudiendo preverse las respuestas de acuerdo a las características genéricas de su sexo.

Los factores socioeconómicos, socioculturales y psicosociales se interrelacionan entre sí para dar lugar a la producción y reproducción de relaciones interpersonales violentas, las cuales crecen en el seno de las familias que funcionan como escuelas de formación de futuros sometimientos y subordinaciones, instalándose las raíces del odio en la construcción de las subjetividades.

Verdaderos "semilleros de odio" son cultivados en estos hogares carenciados con estructuras jerárquicas, verticalistas y autoritarias que facilitan el abuso del poder impregnados en las prácticas de sus miembros. En esta dinámica se pone énfasis en los deberes de los subordinados y nunca en los derechos, por lo que la infancia crece en una oscura conciencia de sus capacidades y sus derechos.



Se naturaliza y goza de alta estima la corrección mediante el golpe, la humillación, la denigración por parte de la autoridad, de igual manera que el respeto unidireccional de quién la imparte, anulando la posibilidad de defensa de los más débiles.

El entrenamiento en la obediencia sin crítica, sin la posibilidad de un estímulo reflexivo, anula la percepción del sí mismo, disminuyendo la autoestima y convirtiendo a sus miembros en adeptos incondicionales de la violencia.

El antagonismo de géneros aprendido en la violencia de estos hogares condicionará a los varones a una masculinidad que asocian a la agresión, la conquista y el ejercicio de poder arbitrario con las mujeres y la niñez. La virilidad será expresada por la fuerza que manifiesta el grito, el golpe, la violación.

No sólo la identificación con la figura paterna lo llevará a esas conductas, sino también las ansias de recuperar el poder perdido en la infancia a manos de sus progenitores, cuando los sentimientos de desolación y desamparo lo enfrentaban a la convicción de estar totalmente desprotegido

Reviven ante su mujer y la niñez, que supuestamente está a su cargo "esa vulnerabilidad de sus primeros años de vida que no consiguen recordar, y sólo entonces a la vista de esos seres humanos más débiles que ellos, se defienden brutalmente"¹.

El colectivo masculino vela porque así suceda, en estos lugares hay que demostrar que se es un hombre y para ser hombre se tiene que demostrar que no se es un niño, ni una mujer, ni un homosexual. La inseguridad y precariedad de esta identidad hace que se busque desesperadamente una seguridad que solo encuentra en el sometimiento de otros seres.

Mientras en los hombres las consecuencias del maltrato vivido en la infancia va a proyectarse hacia afuera, en las mujeres, las graves injusticias y agresiones infligidas en la infancia, tendrán otro destino en el futuro, dada la imposibilidad de defenderse y articular su rabia y su dolor, estas experiencias no podrán ser integradas en su personalidad y la hostilidad consciente o inconsciente se dirigirá contra sí misma, bien contra su cuerpo (somatizaciones crónicas, dipsomanías, drogadicciones, comer compulsivo o falta de apetito etc.) o hacia quienes consideran parte de ella misma, su descendencia.

La alarmante prevalencia de la victimización sexual temprana se encuentra entre ellas, como parte de su ser femenino no siendo conscientes, a veces, de las cicatrices que el trauma dejó en sus subjetividades, especialmente cuando fueron vividos en la relación afectiva con un familiar.

Hambrientas de afecto, confundieron la protección, el cuidado, la contención, con las estrategias utilizadas por el abusador para conseguir sus fines, lo que de alguna manera las condiciona a la idea de que su cuerpo es para otros y un medio de transacción a través del cual se puede adquirir aquello que se necesita.

Es de peor pronóstico para la salud psíquica de las mujeres cuando el abusador las convence de una relación falsa presentada como afectiva y protectora, lo que le imposibilita el

¹ Alice Miller "Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño" Tusquet editores. Barcelona 1992 (2da edición)



sentimiento de víctima, creando una distorsión de sí misma y considerándose “mala” con la carga culpógena típica de estos casos

Las diferentes caras del abuso sexual infantil dan respuestas a un sinnúmero de actitudes y conductas inexplicables de las mujeres adultas que no saben protegerse a sí mismas y se vuelven vulnerables para futuras victimizaciones hacia ellas y sus hijos e hijas.

En ocasiones el embarazo temprano se presenta como solución para salir de la vida de explotación que vive en sus familias de origen. Lo que se ve como solución las lleva a una repetición circular de la situación de subordinación de la que intentaban salir, esta vez con la violencia de su pareja. Luego sus embarazos se suceden como algo que les pasa sin poder tomar decisión alguna al respecto

El varón significado como el único ser con derechos regirá su vida como una eterna menor de edad, a la que paradójicamente se le adjudica el cuidado y la protección de su proge.

Educadas en la no-poseción de sus cuerpos viven su sexualidad y genitalidad con un bajísimo protagonismo, excluidas de sus derechos sexuales y reproductivos, en su rol de madres muchas veces, intentan superar la infancia vivida, con tan pocas herramientas, que terminan reproduciendo el desolador patrón al que estuvieron expuestas.

Si bien estos parámetros no son privativos de esta clase social, ya que esta ideología es compartida por la sociedad en su conjunto, es en estos ámbitos dónde las carencias materiales, ambientales y afectivas de alto riesgo, son el caldo de cultivo para que prenda la delincuencia, la prostitución (tanto pública como privada), la droga, el tráfico y venta de niñas y niños.

Miseria, violencia e impunidad se conjugan para que este paisaje apocalíptico siga siendo una imagen cotidiana con la que convivimos sin sorprendernos demasiado; a no ser cuando en los medios de comunicación explota un escándalo amarillista que da cuenta de un episodio que indigna la conciencia de las “buenas familias”, para luego por medio de los artilugios de la tecnología creamos que es una realidad ajena.

“La capacidad tecnológica permite proteger a la infancia, combinando la eficacia y la ternura, pero esa capacidad universal está privatizada: se utiliza para acumular la riqueza en muy pocas manos y para amparar la impunidad de quienes desde los gobiernos dejan a las niñas y a los niños en la calle o mantienen el fuego inicial de la violencia en la familia... En la guerra, en la represión política y económica, en la discriminación y la marginación social deciden los hombres, padecen sobre todo las mujeres y mueren indefensos y desamparados los niños y las niñas. La violencia contra la niñez y la explotación de la infancia son la continuación de la violencia contra las mujeres. Lo más peligroso es ser pobre, mujer y menor”²

28 de Mayo de 2000

² José Manuel Martín Medem “La guerra contra los niños La impunidad de la violencia en la miseria” Ediciones El viejo Topo. Barcelona 1998

